

La apelación a la historia como instrumento de construcción de una identidad “liberal conservadora”. El diario La Nación, en la crisis de 2001-2002 y en la confrontación con el Gobierno desde el “conflicto con el campo” al bicentenario”

The appealment to history as an a construction tool of an 'conservative and liberal' identity. The newspaper 'La Nacion', in the crisis of 2001- 2002, and the confrontation with the goberment from the 'rural conflict' to the bicentenary

Mauricio Schuttenberg

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Centro de Investigaciones Sociohistóricas, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; Centro de Estudios en Comunicación, Política y Sociedad, Facultad de Periodismo y Comunicación Social; Universidad Nacional de La Plata; Universidad Nacional Arturo Jauretche.

mauricioschuttenberg@gmail.com

Julián Fontana

Centro de Estudios en Comunicación, Política y Sociedad, Facultad de Periodismo y Comunicación Social; Universidad Nacional de La Plata.

julinof@hotmail.com

Resumen

El presente trabajo indaga en el lugar que ocupa el relato de la historia en la configuración de las identidades, para este caso el del diario La Nación. Una identidad que denominamos “liberal conservadora”. Para ello estudiamos lo que el propio diario escribió sobre la celebración del 25 de mayo de 1810 y sobre la propia revolución, durante los años 2001-2002 y 2008-2010. El criterio de selección de los dos períodos, se basó en la búsqueda de contextos históricos diferentes y, en tales contextos, profundizar en la relación entre el discurso de la historia y el discurso sobre el rumbo que debía tomar la Argentina en la coyuntura.

Palabras claves: identidad; liberal conservador; La Nación; discursos

Abstract

The present work looks to investigate the place that take ups the account of the history in the configuration of the identities, for this case, the newspaper 'La Nacion'. An idetitie that we call 'liberal conservative'. For this we studied what the same newspaper wrote about the celebration of the May 25th of 1810 and about the revolution during the years 2001-2002 and 2008- 2010. The selection's criteria of the periods, it was based on the different historical contexts and, in wich contexts, to deepen in the relation between the history's speech and and the speech of what way of action, Argentina should take in the situation.

Keywords: identity; liberal conservative; La Nacion; Speeches



“El Bicentenario es un motivo de reflexión para que el pasado sea un instrumento del porvenir” (Editorial del diario La Nación)

El presente trabajo* busca indagar el lugar que el relato de la historia, como instancia de configuración de las identidades, tiene en el discurso de un medio como el diario La Nación, que -genéricamente hablando- aglutina una identidad que denominaremos “liberal conservadora”.(1) Para ello retomaremos lo que el medio ha escrito sobre “la historia” en las semanas de mayo de los años 2001 y 2002 y 2008, 2009 y 2010.

Se parte de considerar que a lo largo de la Historia Argentina, el periódico ha sido un actor fundamental en cuanto a la divulgación masiva de sus enfoques, de las ideas y de los intereses políticos, económicos, sociales y culturales de los diferentes sectores sociales. Pero también ha intentado -y lo intenta- formar opinión a partir de sus lecturas sobre la realidad y el establecimiento de su propia agenda informativa.(2)

Se tomarán estos períodos porque constituyen dos coyunturas de quiebres en la estabilidad de las identidades. Como desarrollaremos a continuación, las identidades fluctúan entre etapas de sutura(3) y desestabilización en donde se vuelven a redefinir. Esos períodos, en donde los elementos simbólicos constitutivos de las identidades se reconfiguran, los constituyen las coyunturas.

El criterio para la selección de los dos períodos se basó en la búsqueda de dos contextos diferenciales en cuanto a la relación del medio y su discurso con respecto al rumbo que debía tomar la Argentina. De esta forma, se tomará la crisis de 2001-2002 como instancia donde se pueden visualizar las concepciones sobre el Estado, el poder, el rol de los distintos sujetos sociales, el lugar deseado hacia donde deberían dirigirse las políticas públicas, los caminos para la recuperación del sistema político y la apelación a la historia para explicar el “fracaso de 2001” y la posible “redención” posterior.

Por otro lado, abordaremos la disputa que el sector agropecuario sostuvo con el Gobierno comenzada en 2008-2009-2010 como una coyuntura en donde el medio, como instancia de representación de la identidad liberal conservadora, construyó un relato sobre las deficiencias del sistema político y el desvío que nacía de la “crisis terminal de 2001”. Una vez más la apelación a la historia nos permitirá observar los puentes y las vinculaciones que realizan con otras etapas y procesos como forma de legitimar y marcar los posibles caminos políticos a seguir. Asimismo, apuntamos a analizar las continuidades, desplazamientos y las maneras en que los elementos discursivos que conforman la identidad (Estado, Federalismo, Peronismo, República, Presidencialismo) adquieren sentidos distintos en el marco de las citadas coyunturas políticas.

Para la selección del material se tomaron en cuenta los editoriales, notas de opinión de periodistas y columnistas del medio publicados en las semanas aniversario de la revolución de mayo durante los años seleccionados. Este recorte se justifica en el interés por analizar el relato acerca de la historia y la persistente ubicación de la revolución como hito

fundacional de la Argentina. Además de ser un hecho al cual constantemente se hace referencia para marcar las “desviaciones” de la política contemporánea, la semana de mayo es un momento de “reflexión” del medio acerca del rumbo político y es allí donde podremos captar los elementos constitutivos de la identidad, los proyectos políticos que esbozan y el futuro deseado.

El trabajo apunta además a construir un conocimiento sobre las identidades de “derecha” en la Argentina contemporánea e indagar cómo se resignifica el pasado en los posicionamientos del presente y la forma en que construyen los relatos a partir de la reivindicación de distintos procesos históricos, tradiciones y figuras que dan sentido a esas identidades. Asimismo cabe destacar que la presente investigación aborda un período actual poco estudiado. En ese aspecto, la crisis de 2001 tendió a ser explicada en términos de crisis hegemónica del paradigma neoliberal. A partir de allí, las ciencias sociales en Argentina, que hasta el momento se habían centrado en hacer un relato de los procesos de descomposición social resultantes de dicho modelo, comenzaron a producir numerosas investigaciones acerca de las reconfiguraciones políticas y sociales del período posterior a 2001.

La idea de crisis hegemónica es recuperada por algunos autores(4) para explicar el punto más alto de conflictividad que provoca la caída del gobierno de Fernando De la Rúa. No obstante, desde mediados de 2002 pero fundamentalmente con la llegada de Kirchner, como señala el mencionado autor, el sistema político se reconstruye dando lugar a nuevas articulaciones políticas, tanto en los espacios de “izquierda” como en los de “derecha”.

Dentro de este marco, en el abordaje del período posterior a 2001, numerosos trabajos se centraron en las dinámicas de los movimientos populares y en las estrategias de los sectores populares ante el nuevo panorama que implicaría luego la presidencia de Néstor Kirchner. Teniendo en cuenta lo anterior, se propone un abordaje del período en cuestión, pero desde el estudio de las identidades de “conservadoras” que han tenido una menor cobertura por parte de la comunicación, la sociología y la ciencia política. Como se destacó, la mayor parte de los abordajes hicieron hincapié en las formas de lucha y de protesta, en las nuevas articulaciones políticas, en las distintas expresiones de “cuestionamiento” al orden neoliberal y en la emergencia de liderazgos post crisis.

Es por ello que se plantea analizar la constitución identitaria, los posicionamientos y las articulaciones de la “derecha” en la disputa hegemónica en la Argentina contemporánea. ¿Cómo operó el posicionamiento de esta identidad en las dos coyunturas seleccionadas?, ¿Qué interpretaciones construyeron acerca del Estado, la sociedad, la economía, la democracia, el sujeto colectivo al que aspiran representar, y el peronismo?, ¿En qué tradiciones buscan su fundamento y cómo relatan la historia que legitima su acción? ¿Qué estrategias discursivas despliegan en la disputa por la hegemonía política? Sin lugar a dudas el período abierto en el 2001 con la reconfiguración de fuerzas políticas y sociales que se produce en ese contexto, parece un campo poco explorado en el campo de los estudios sobre “derechas” que merece una profundización.

Algunas aclaraciones teóricas

Diversos estudios⁽⁵⁾ se han centrado en el estudio de las identidades y su construcción discursiva. Parten de la categoría de hegemonía y analizan la constitución un determinado orden social a partir de la articulación de demandas e identidades políticas. Desde esta perspectiva, el orden social debe entenderse como una construcción histórica, contingente y discursiva instituida mediante una operación hegemónica.

La hegemonía expresa entonces el esfuerzo por estructurar la diversidad.⁽⁶⁾ Según Laclau el terreno de la constitución de la hegemonía es el discurso, es decir, requiere de una operación hegemónica significativa orientada a la articulación de elementos. Discurso en términos del autor es el conjunto de relaciones sociales y producciones de sentido que componen determinada sociedad.

Para analizar las lógicas y las formas de constitución de identidades políticas, Laclau retoma los conceptos claves de hegemonía, antagonismo, puntos nodales, significantes vacíos, lógica de equivalencia, que son los que pondremos en juego a la hora de analizar la disputa por la hegemonía por parte de los grupos seleccionados. Pensar lo político en éstos términos nos abre la posibilidad de analizar cómo los diversos grupos van reestructurando sus identidades y sus posicionamientos y cómo la constitución de límites y antagonismos posibilita el realineamiento de fuerzas y la rearticulación en busca de un nuevo intento de “sutura” del orden social que es la hegemonía. La identidad implica entonces un proceso dinámico de construcción de significados. En este punto recuperamos el concepto de configuración identitaria propuesto por De la Garza.⁽⁷⁾ Entender la identidad como una configuración permite concebirla como un proceso móvil que articula elementos heterogéneos que tendrán distintos lugares en esa cadena significativa en las distintas coyunturas.

Los elementos constitutivos de la identidad se articulan, en una dinámica siempre inacabada y abierta.⁽⁸⁾ Esto implica la necesidad de analizar una dimensión autónoma de los aspectos estructurales que inciden en los mecanismos de identificación y en la conformación de configuraciones identitarias.

No obstante, cada reordenamiento, cada incorporación, cada modificación, cada reconfiguración, genera reacomodamientos donde se pueden identificar continuidades y cambios.⁽⁹⁾ Dentro de esos elementos que se reconfiguran tiene importancia el análisis de los puntos nodales donde se condensan los significados. En efecto, en la configuración identitaria no todos los significados tienen el mismo peso para la articulación, algunos códigos pueden adquirir primacía y opacar a otros que permanecen subalternizados, pero que pueden emerger y conformarse en “articulantes” de la red de códigos y por lo tanto también del proceso colectivo de dar sentido.⁽¹⁰⁾

En este sentido es necesario, a la hora de operacionalizar este concepto, pensar que toda identidad política se constituye en referencia a una interpretación del pasado y una

construcción del futuro deseado que se conjugan para dotar de sentido a la acción presente. Por ello, para un análisis de las identidades políticas la identidad de historia y política queda de manifiesto en el hecho que el pasado, siempre abierto, puede ser reconstruida en función de un presente y un porvenir.

Las identidades políticas comparten dos características principales: una representación de la sociedad y un programa político.(11) Las identidades ofrecen entonces una visión de la sociedad inteligible y para ello acentúan y contrastan distintos aspectos del mundo social a fin de ilustrar cómo actúa la realidad en todo su conjunto y también cómo se debería organizar desde el enfoque propuesto. A partir de este desarrollo se transmite un programa de acción en busca de acercar el ideal y la realidad planteados. De esta manera, el discurso proporciona una perspectiva coherente que permite llegar al conocimiento del mundo social y actuar en consecuencia.

Es entonces el dispositivo imaginario el que asegura a un grupo social un esquema colectivo de interpretación de las experiencias individuales tan complejas como variadas, la codificación de expectativas y esperanzas así como la fusión de una memoria colectiva de los recuerdos y de las representaciones del pasado.(12) Ahora bien, el camino para acceder a esos mecanismos imaginarios y simbólicos asociados al sentido de la acción es el análisis de los discursos sociales. Esta tarea no consiste en estudiar lo que los actores dicen por oposición a lo que hacen; como sostienen Verón y Sigal,(13) el análisis de los discursos es indispensable porque si no conseguimos identificar los mecanismos significantes que estructuran el comportamiento social, no comprenderemos tampoco lo que los actores hacen. De esta manera, los discursos interesan analíticamente en tanto es imposible interpretar la acción política fuera de toda hipótesis sobre la matriz significante que la genera.

Crisis de 2001. La apelación alberdiana al presidencialismo

En diciembre de 2001, colapsó el modelo neoliberal de valorización financiera implantado con la última dictadura. El modelo de acumulación impuesto, implicó la subordinación del trabajo al capital, manifestado en la distribución regresiva del ingreso y en niveles de exclusión social sin precedentes históricos en la Argentina. Esto converge en un salto cualitativo en el nivel de explotación hacia los sectores del trabajo, incrementado por una de las principales consecuencias negativas del modelo: la constante expulsión de mano de obra que instala valores inéditos de subocupación y desocupación en nuestro país.(14)

Esto trajo aparejado un quiebre en la hegemonía construida por el bloque en el poder y afloraron por sus grietas los reclamos sociales colectivos en torno a dos grandes ejes de demandas: la democratización de la vida social y política y una distribución más equitativa de la riqueza generada. Tales demandas, se articularon desde la denominada “crisis de representación”, la cual consistía en el descrédito hacia las estructuras políticas que

aglutinaron la representación política ciudadana, y las cuales alternaron en el ejercicio del poder político la administración del modelo neoliberal.

La “semana de mayo” de 2002, estuvo signada por la preocupación principal de los sectores dominantes, expresada en las páginas de La Nación, de recomponer la autoridad política. La crisis de representación expresada en el descrédito hacia las primeras líneas de la dirigencia política, dificultaron la reconstrucción hegemónica. La fragmentación de la representación política, posibilitaba el surgimiento de nuevos liderazgos, los cuales para legitimarse debían corresponderse con las expectativas de cambio que exigía una sociedad movilizadora y demandante.

Como veremos más adelante, para la mirada del medio, la ampliación de las posibilidades de representación, en un momento de movilización social, podrían dar lugar al surgimiento de un nuevo liderazgo que no necesariamente se correspondiera con los intereses de los sectores dominantes. De allí que en las páginas de La Nación, se expresó la necesidad de cerrar el proceso reclamando la reconstrucción de un poder político centralizado, vertical, que llevara adelante la administración política del Estado.

La imposibilidad histórica, en tanto situación de enunciación,⁽¹⁵⁾ de proponer un golpe militar como en épocas anteriores, llevó a Mariano Grondona a reclamar una reforma política que trastocara el sistema de representación para producir resultados más acordes -léase con menos riesgos- al status quo. Publicado bajo el título “En la antesala de la Quinta república”, el domingo 26 de mayo de 2002, el artículo construía un “paralelismo” entre la historia de Francia y la de Argentina, para concluir en la necesidad de fundar nuestra “*Quinta República*”, en alusión a la refundación realizada por De Gaulle en 1958 recuperando a Francia de la crisis de posguerra, producto de la devastación originada por su participación en la segunda guerra mundial. Sigamos el argumento, que articula nuestro devenir histórico como país y el cambio de rumbo que debía tomarse para “*volver a las raíces*”.

Para el citado periodista, nuestra “Primera República” abarcó desde la revolución de mayo de 1810 hasta la constitución de 1853, instauración del orden liberal, pero “*apenas si fue tal, envuelta como estuvo por la guerra civil*”. Nuestra “Segunda república”, comprendió desde 1853 hasta 1930, es decir, el período del orden conservador. Como es de suponer a la línea editorial de *La Nación*, para el autor “*en el transcurso de esos casi ochenta años, la Argentina gozó de estabilidad institucional, desarrolló su economía a un ritmo que asombró al mundo y atrajo millones de inmigrantes*”.⁽¹⁶⁾ Esta sería -para Grondona- la única “experiencia republicana” que tuvo lugar en nuestro país, pero fue abatida por el golpe de 1930 que instaló nuestra “Tercera República”. La misma duraría hasta el retorno de la democracia en 1983, y durante su permanencia: “*la Argentina conoció una extrema inestabilidad institucional, dejó de crecer económicamente y no pudo atraer la ola inmigratoria que todavía necesitaba*”.⁽¹⁷⁾

Por lo tanto -siguiendo a Grondona-, llegaba el momento “*de fundar la “Cuarta*

República, retomando el camino de la democracia interrumpido en 1930". Pero la consumación de ésta como "nuestro orden democrático" no llegó a producirse, puesto que desde diciembre de 2001, la "Cuarta República" "agoniza en medio de la inestabilidad política, la depresión económica y la cruel difusión de la pobreza". Es hora de fundar la "Quinta República". Como en la pueblada de diciembre de 2001: "se rompió el contrato de la democracia –fundamento de la comunidad política entre gobernantes y gobernados de cuyo cumplimiento depende el bienestar general"- se debe producir el nuevo contrato, el cual: "se anuncia a partir de un consenso: desilusionados como están con su clase política, los argentinos aún confían en la democracia. Esta fe, maravillosamente intacta, será el punto de partida de la Quinta república".(18)

Sintetizando lo expuesto hasta aquí, la referencia de una "República democrática" sería para el autor el orden conservador. El objetivo de fondo de la constitución de 1853,(19) fue instaurar un sistema elitista o como afirma Halperín Donghi(20) un autoritarismo progresista. Esta idea central fue dejando lugar al fraude sistemático en las elecciones; la configuración de los "partidos políticos" constituidos desde arriba en torno a liderazgos personales de representantes el status quo; la represión de todo tipo de expresión sindical - espacios donde se comienzan a configurar los intereses obreros diferenciados de los de los sectores dominantes-; la resistencia al voto universal - termino que no correspondería puesto que la mujer aún no votaba, no se la consideraba sujeto político-, secreto y obligatorio el cual fue concedido como modo de aplacar el conflicto social generado por un modelo excluyente y autoritario, y cuyo resultado -el gobierno de Yrigoyen, no previsto por el status quo- fue permanentemente cuestionado como un "desvío del orden republicano".

La "institucionalidad" del orden conservador, marcaba coherencia con un modelo económico concentrado y excluyente, donde crecimiento no fue sinónimo de desarrollo. *La Nación* se refiere a los conceptos de *democracia*, *república*, *desarrollo*, buscando imponerles un sentido acotado a los intereses de los sectores dominantes, para interpelar a sus lectores con miras a construir el consenso de dominación que posibilite socializar retóricamente un resultado que favorece a unos pocos particulares.

Pero la "Quinta República" requiere una reforma constitucional. La constitución vigente, "carga con los vicios democratizantes" que le imprimió la "demagogia populista" durante el período negativo de la tercer república con la reforma de 1949. Sus puntos principales, son la elección del presidente, vicepresidente y los senadores por el voto directo, la incorporación de los derechos sociales, la ampliación de los derechos políticos con el voto femenino, y la legitimación del intervencionismo estatal con la función social del capital.

Continuando la interpretación del autor, la llamada carta magna fue "empeorada" en el intento fallido de la Cuarta República, en un sentido opuesto al requerido para volver al marco institucional de 1853, con las incorporaciones de la reforma de 1994: derechos humanos con rango constitucional, división de funciones en el poder ejecutivo, incremento de

representantes del pueblo al admitir el tercer senador por la minoría. La decadencia es explicada en esta decadencia institucional para lo cual el autor propondrá rehacer el diseño para recuperar el contenido excluyente.

Según Grondona todo diseño institucional requiere un libretista, un autor intelectual de las bases del contrato que permita instituir el orden “republicano/democrático”. Su presente histórico no lo tiene. Es decir, *“si no hay un pensador que pueda ofrecerles a los argentinos de hoy el servicio que el autor de las Bases -léase Alberdi- brindó a los argentinos de ayer ¿podremos construir entre todos un Alberdi colectivo?”*(21)

La crisis de representación invalida proclamar un autor para el nuevo orden, por lo tanto, se recurre a ampliar en un supuesto sujeto colectivo la propuesta del status quo que consistirá en:

1) Reforma de la división política:

“es el paso de una república formada por 24 provincias insolventes a otra integrada por seis o siete regiones económicamente sólidas, capaces de autofinanciarse. Esta reducción traería consigo la drástica disminución del número de gobernadores y legisladores”.(22)

Respecto de la primera afirmación del autor, nos preguntamos ¿cómo se pasa de 24 provincias insolventes a seis o siete regiones “económicamente sólidas, capaces de autofinanciarse”? El autor no lo dice, pero explicita su inmediata consecuencia en la representación política, es decir la disminución drástica del número de gobernadores y legisladores.

El argumento que busca “objetivarse” desde contenido económico pragmático, manifiesta algunas de las “preocupaciones” que hacen al discurso de clausura de la derecha: el alto costo de “la política” es una de las causas principales de la crisis, por lo tanto para bajar costos es necesario disminuir el número de representantes del pueblo. En verdad, con esto se busca disminuir la representación ejecutiva y parlamentaria de la sociedad en los ámbitos donde se deciden los asuntos públicos. A menor número de representantes, mayores son las posibilidades para los poderes fácticos de imponer a los gestores de sus asuntos, como así también de ejercer presión sobre los representantes del pueblo.

Un segundo argumento esgrimido, es el de la insolvencia de las provincias, las cuales terminan “trasladando” su déficit al tesoro nacional, perjudicando la economía nacional. Para La Nación, la crisis no es producto de la inviabilidad de un modelo basado en la prevalencia del capital especulativo financiero sobre el productivo, en el endeudamiento externo, en suma, de la traslación de riqueza del sector público al privado y del trabajo al capital, sino de la estructura política del Estado. Por eso hay que reducirla, con lo cual se la retira aún más de su “ingerencia distorsiva” en el mercado.

2)“El segundo elemento sería un cambio drástico en el sistema de representación para que los ciudadanos, en vez de votar en listas sábana previamente digitadas por los caudillos partidarios, eligieran de veras a funcionarios ejecutivos y legislativos conocidos y confiables, a quienes puedan exigirles después una estricta rendición de cuentas”.(23)

Este punto completaría al anterior: el menor número de representantes ya no sería propuesto por los partidos políticos para ocupar los cargos en base a la correspondencia de los mismos con el proyecto sugerido, sino electos “libremente” por los ciudadanos en base a dos cualidades: ser conocidos y confiables. Ahora bien, ¿cómo logran ser conocidos y confiables los candidatos políticos en la sociedad de nuestro tiempo? Por la acción de los medios masivos de comunicación, estructuras mayormente concentradas en manos del capital monopólico u oligopólico. Los candidatos llegan a ser conocidos, a partir de un aspecto principalmente cuantitativo, el tiempo de permanencia en el espacio mediático; y confiables en función del tratamiento cualitativo que se da a la construcción de su imagen.(24) La eliminación de la llamada “lista sábana” quita capacidad de decisión al partido político para otorgársela a las estructuras privadas de comunicación. Esto se ve agravado a su vez con la disminución de representantes del pueblo, puesto que aumenta la distancia entre representantes y representados retroalimentando el peso de la acción del poder mediático.

3)“Una vez cumplidos estos dos requisitos, una elección general para llenar todos los cargos ejecutivos y legislativos daría nacimiento a la Quinta República”.(25) Finalmente, instaurada la reforma institucional que permita reinstalar la mayor distancia entre gobernante/gobernado, el llamado a elecciones para todos los cargos ejecutivos y legislativos, posibilitaría a la derecha reinstalar el orden político acorde a su status quo. Revitalizar el orden conservador de la “Segunda República” en los comienzos del siglo XXI, con la fundación de la “Quinta República”.

Un segundo aspecto tratado en las páginas de *La Nación*, en la semana de mayo inmediata a la implosión de la hegemonía neoliberal, y de estrecha relación con la reforma política, fue el de la necesidad de revitalizar el presidencialismo.

“Habría que convenir en que para salir de la crisis una sociedad debe recuperar la cabeza. O sea, reconstruir un centro de dirección que no es otra cosa que el Estado, y dentro de éste, conforme a la tradición argentina, el poder presidencial, que es la cabeza del Estado”.(26)

Como veremos la demanda “republicana” de atenuación del presidencialismo en el período de afirmación del kirchnerismo no era el eje del programa de 2001, sino que al contrario era la respuesta ante *“innumerables formas de democracia directa o semidirecta, desde las asambleas barriales hasta los cacerolazos, los grupos de discusión y ensayo, los movimientos de vecinos autoconvocados y las mil y una formas de solidaridad que se ven por doquier”.(27)*

Entre estos “nuevos sujetos políticos” deberíamos agregar a los movimientos sociales, principalmente a aquellos constituidos en torno a la problemática de la exclusión social estructural - en principio del mundo del trabajo y a partir de esto de los derechos sociales-, actores principales de la coyuntura por su gran convocatoria, capacidad de movilización y organización.(28) Por tales características, serán una de las preocupaciones diarias de la derecha política y cultural y *La Nación* no los incluye dentro de la categoría *“renovación de la*

política”, donde sintetizará las prácticas antes mencionadas y surgidas en los sectores de clase media.

Si bien La Nación, en principio se referirá al surgimiento de nuevos sujetos políticos – de la categoría renovación política, es decir clase media- como un hecho positivo, puesto que alumbran la posibilidad de despedirnos de los “*viejos partidos políticos*”, es decir cuestionan las estructuras de representación del voto popular, en tanto que tales manifestaciones “*se despliegan en una situación de anarquía y violencia social*”(29) será necesario reconstruir el poder vertical del Estado para establecer el orden. O dicho de otra manera, para que en su devenir tales manifestaciones no confluyan en un reclamo colectivo por un nuevo orden político y social:

“De allí que el despuntar de una “nueva democracia”, hecha de una participación mas activa, plural y responsable de la comunidad, no sea incompatible con otra línea de pensamiento y acción, mas clásica si se quiere pero no menos verdadera: la necesidad imperiosa de reconstruir el Estado, en particular el poder presidencial, antes que la anarquía y la violencia lo impidan, es decir, antes de que sea demasiado tarde”.(30)

Como podemos interpretar, en las páginas de La Nación se entenderá por “recuperación del Estado” sólo a la reconstrucción de un presidencialismo fuerte en el marco de la reconstrucción de un poder político alineado con el status quo, que clausure el proceso de reclamo y movilización por otro orden social y político, o al menos por reformar el presente en un sentido contrario a los intereses de los sectores dominantes.

En los días siguientes a la semana de mayo, la única referencia a los hechos principales de nuestra historia fue el Acuerdo de San Nicolás, al cual dedicarán dos editoriales, con motivo de celebrarse sus 150 años: “A 150 años del Acuerdo de San Nicolás, por Félix Luna, y “El sentido del federalismo primigenio”, por Juan Carlos Cassagne. Nos centraremos en la nota de Cassagne, debido a que incluye lo sugerido por Félix Luna y agrega otros elementos que enriquecen el análisis sobre el tratamiento de La Nación a los temas que venimos desarrollando.

El planteo principal del autor –en línea con una de las preocupaciones del diario- fue el siguiente: el acuerdo significó el nacimiento del poder federal, por el cual las provincias delegan facultades a la nación, lo que permite la sanción de la constitución de 1853 y da lugar al nacimiento del orden institucional de la nación, en el cual, los tres poderes del estado Nacional definirán “*la cosa pública*” válida para todo el territorio nacional:

“los argentinos estuvieron de acuerdo en crear un poder nacional único con autonomías provinciales relativas, es decir, sometidas a la supremacía federal de un nuevo gobierno que representase a la soberanía de la República. Nadie quería volver a la anarquía ni tampoco a la época inorgánica de Rosas. Era necesario, igual que ahora, que el gobierno nacional fuera ejercido por una sola cabeza, aunque con tres órganos distintos”.(31)

Siguiendo al autor, este “*poder federal*” ha sido debilitado con las sucesivas reformas constitucionales, en particular con la de 1994, ya que

“a la par que se modificó la Constitución para permitir la reelección del presidente, se

atenuó el poder de éste último introduciendo la extraña figura del Jefe de gabinete y la disminución de la duración del mandato presidencial, además de otras reformas carentes de sentido (verbigracia, el tercer senador)...".(32)

Por lo tanto, hemos derivado en una suerte de "tendencia al parlamentarismo" y a condicionar la toma de decisiones en el ámbito nacional al acuerdo con los gobernadores de provincia, cuestiones que derivan en el "desgobierno", o sea la "anarquía institucional", aumentando los costos del sistema de representación y volviéndolo cada vez mas "ineficaz". De tal argumentación, se deduce la solución:

"Después de trazar un círculo, hemos terminado degradando el sentido del federalismo constitucional primigenio y ahora tenemos que enfrentar un problema similar al que existía en 1852. También como entonces resulta necesario regularizar la situación política, aunque ahora para retornar al sentido originario de nuestras instituciones republicanas".(33)

Nuevamente, la salida que nos permita encontrar un "futuro institucional próspero" como nación será volver al orden institucional y político instaurado en 1853, es decir, reinstalar un sistema representativo elitista que tome las decisiones sobre los asuntos comunes.

La "crisis del campo" de 2008

La semana de mayo de 2008 implicó la reflexión del diario en una coyuntura problemática para su visión. Es allí donde el denominado "*conflicto con el campo*" será interpretado como una agresión "*populista*" a los sectores más "*pujantes y hacedores de la Patria*". El posicionamiento del medio en torno al conflicto será de apoyo a las demandas de la Mesa de Enlace en contra de la resolución N° 125,(34) dictada por el Ejecutivo Nacional el 10 de marzo de 2008. En ese marco, el Gobierno será identificado como el enemigo de los argentinos que quedarán rehenes del conflicto entre "*las autoridades nacionales y el sector más dinámico de nuestra economía*".

La preocupación del medio se centró en mostrar el embate de un Poder Ejecutivo con voracidad "*hegemonista*", frente a los "*esforzados productores agropecuarios*". Aquí aparece una crítica hacia el funcionamiento institucional que marca un quiebre con el anterior período analizado. El pedido de un presidencialismo y una centralización del poder de 2001-2002 dejarán su lugar a demandas contrarias, es decir, la necesidad de estructurar mecanismos de control y atenuación del Poder Ejecutivo.

En el discurso se retomará la idea de que la Nación estaría en un punto de inflexión similar al de 2001 pero por motivos diferentes. Ese momento de ruptura no era dado por la movilización popular sino por la emergencia, según la lectura del medio, de un nuevo sujeto político que reunía consigo una serie de valores con los cuales se identificaban. De esta manera, las movilizaciones convocadas por la Mesa de Enlace eran catalogadas como democráticas, esperanzadoras y los artículos estructuraron un discurso emotivo ligado "*a despertar de la ciudadanía*" frente "*a los atropellos del matrimonio gobernante*". Por esa razón señalaban que "*Fue verdaderamente emocionante y sorprendente para mí ver a un*

pueblo movilizado en unidad a favor de algo tan noble como el trabajo, con la mente enfocada en un ideal tan elevado como el federalismo".(35)

En el argumento se esgrime el retorno al federalismo como una demanda del sujeto "Pueblo", construido en el caso de La Nación, por aquellos sectores del interior del país que se manifestaban contra las retenciones. Es notorio, que el discurso dejaba de lado las movilizaciones a favor de la 125 o se las trataba en términos de movilizaciones armadas sin basamento en convicciones, sino ligadas al clientelismo.

En el caso del significativo federalismo puede observarse un desplazamiento. De marcar una cadena equivalencial articulando el significado junto a caudillismo, peronismo, había sido el factor explicativo de la debilidad del Poder Ejecutivo en la crisis de la hegemonía neoliberal, pasó a ser entendido como la expresión "*pura*" del Pueblo. A su vez la demanda de federalismo articulará la de control del centralismo "*populista*".

En este plano, como señalamos anteriormente, en 2001 el medio se mostraba preocupado ante las nuevas formas de participación directa que la deslegitimada democracia estaba dejando surgir, mientras que en la coyuntura de 2008 la "presión popular cotidiana infatigable" que los sectores movilizados en contra de las retenciones era relatada en términos positivos. En el relato se construye entonces un cambio político en ciernes que se expresa en que el federalismo, otrora causante de la crisis de 2001 a partir del desgaste al poder central, era ahora la garantía del control del "Pueblo" a las autoridades políticas y la "*de que las decisiones sobre cómo utilizar el dinero público van a ser tomadas por personas competentes, conocedoras de los problemas de la gente que la votó*".(36) Estaba latente y vigente porque significaba la cercanía del poder al pueblo, la posibilidad de controlarlo mejor y la garantía.

Esta irrupción del federalismo dejaría de lado a las estructuras políticas tradicionales "*basadas en un clientelismo sistemático y desenfrenado, que durante mucho tiempo fueron la herramienta que le permitió a una clase dirigente cerrada y excluyente enquistarse en el poder alimentándose de la pobreza*", y serían la base política de un reemplazo basado en "*partidos orgánicos de contenido republicano, que obtienen su poder por la generación y comunicación de ideas y propuestas*".(37)

El conflicto con "*el campo*" era en realidad presentado como la última batalla de ese sujeto político republicano en pos de quebrar a un Gobierno signado por el clientelismo, las prácticas corruptas y una voracidad extrema que habría recaído "*sobre el sector pujante y dinámico de la economía*". El 26 de mayo salió publicado una columna de opinión que resaltaba el lugar de los productores agropecuarios como los "*esforzados forjadores de la Patria*". Esa semana de mayo sirvió como instancia de reflexión y de expresión de un ideario ligado a la vuelta al modelo agroexportador y a un fuerte cuestionamiento a toda intervención estatal en la economía, entendiendo esta como la forma de financiamiento de "*las cajas políticas*" en desmedro de los que "*trabajan la tierra*".

En la argumentación se vuelve al relato histórico y al mito liberal de la etapa del

“granero del mundo, capaz de dar de comer a la humanidad entera” que quedó reducido a *“una gigantesca fábrica de porotos para engordar animales”* a partir de las *“políticas distorsivas e ineficientes tomadas por los distintos gobiernos”*. Esa construcción discursiva iba acompañada de la exaltación de los productores en tanto *“de la crisis de 2001 salimos, gracias al campo en general y al cultivo de soja en particular”*. Esa interpretación la superación de la crisis se asentó en *“productores eficientes”* que lograron hacer *“despertar al país”* a pesar de que *“los gobiernos K1 y K2 se apropiaron, amén de la renta agropecuaria, también del éxito económico, como si éste fuera fruto de su hábil gestión”*.⁽³⁸⁾ Ante esta situación empezaron a proyectar lo que se denominaba *“El gran acuerdo del Bicentenario”*,⁽³⁹⁾ que implicaba *“un compromiso firme para cumplir la Constitución Nacional”*, que estaba siendo violada por una suerte de *“populismo con escaso interés en las instituciones”*.

Las elecciones de 2009. La construcción de un escenario “poskirchnerista”

La semana de mayo de 2009 tuvo como elemento central el posicionamiento del medio en torno a las elecciones que se iban a llevar a cabo el 28 de junio tendientes a renovar la mitad de los miembros de la Cámara de Diputados y un tercio de los miembros de la Cámara de Senadores. En este contexto, la lectura del diario marcó una continuidad con lo anteriormente desarrollado. El medio apuntó a resaltar los elementos que supuestamente llevarían a la derrota de Kirchner, e incluso comenzó a plantear la necesidad de pensar el país del *“poskirchnerismo”*.

La deslegitimación del Gobierno se estructuró en dos ejes vertebradores. Por un lado, la prédica de La Nación apuntará a cuestionar las prácticas que entendían sostenía el gobierno totalmente opuestas a lo que genéricamente denominaban *“civismo”* y *“decoro”* y a denunciar una vocación *“hegemonista”* alejada de los *“ideales republicanos”*. Por otro, se observó una estrategia de deslegitimación del Ejecutivo centrada en marcar las diferencias con lo que entendían debía ser la izquierda. Es decir, el discurso girará en torno a intentar demostrar que el kirchnerismo, al igual que el chavismo y otros procesos latinoamericanos, no es izquierda sino que representarían formas de totalitarismo. De esta argumentación se desprende la idea que todo militante o simpatizante *“progresista”* debería desistir del apoyo a Kirchner al comprender el equívoco en el cual se encontraría gracias al agudo análisis de los editorialistas las diferencias entre *“la buena izquierda”* y el populismo.

En torno al primer eje en donde el discurso del medio se concentró en realizar un *“llamado”* previo a las elecciones apuntando a un lector futuro votante. Aquí las prédicas en contra de las *“viejas prácticas”* venían entrelazadas con un diagnóstico de *“degradación moral”* y un eclipse de los valores ciudadanos. Este último tenía que ver con la estrategia del Frente Para la Victoria de organizar las candidaturas *“testimoniales”*.

En ese marco, dejaban en claro que *“la acción política, además, está,*

indisolublemente, subordinada a la ética” por lo que “cuando los dirigentes o militantes de un partido político hipotecan los principios que conducen al bien común y al deber ser, quedan anulados la vigencia de los valores morales y el mandato emanado de la doctrina partidaria”.(40)

Esa visión sobre la ética se montará sobre la manera de significar el término República, que aparecerá constituyendo una frontera discursiva con respecto a “esa *patología de llegar al poder para eternizarse*” con la que caracterizaban al Frente para la Victoria. Ante esta caracterización de la coyuntura política, el 26 de mayo un editorial de Grondona llamaba a “Reconstruir la república, un gran desafío. El dilema del poskirchnerismo”, en el cual avizoraba el advenimiento de una nueva época que era “*el poskirchnerismo*”.

En ese sentido, planteaba que el período de “*crecimiento y despotismo político que acompañó a Néstor Kirchner desde 2003*” se estaba agotando. Para ejemplificar y tratar de decodificar el curso que tomarían los acontecimientos retomará una serie de ciclos históricos que le servirán para explicar el futuro desde una lógica de la historia.

“Al escribirlo, partí de la premisa de que, a lo largo de sus doscientos años de historia, la Argentina conoció tres instancias en las cuales todo el poder se concentró en un solo hombre: entre 1829 y 1852, Juan Manuel de Rosas; entre 1945 y 1955, Juan Domingo Perón y, de 2003 hasta ahora, Néstor Kirchner”.(41)

El gobierno de Kirchner era presentado como el tercer momento de nuestra historia en donde el poder se hallaba concentrado(42) afectando “*la salud*” de la República. Luego de enlazar al kirchnerismo con estas etapas anteriores en donde según el relato el poder se depositó en una sola persona, el argumento comenzará a repasar “*las salidas de esos procesos*” con vistas a analizar los posibles escenarios post Kirchner.

Allí destaca que “*la Argentina que sobrevivió a Rosas fue un éxito tan largo como extraordinario, porque nos dio un sistema político republicano y, finalmente, democrático y un desarrollo económico sin par hasta su insensata interrupción en el golpe militar de 1930, nada menos que 78 años después*”.(43)

Luego, “*la Argentina que sobrevivió a Perón fue, al contrario, un fracaso cuyas sombras se han prolongado hasta ahora. ¿Por qué este dramático contraste?*” La explicación se centrará en destacar que después de Rosas sobrevino un “*nuevo proyecto nacional, encarnado en una nueva Constitución*”, mientras que el posperonismo no habría sido superado y estaríamos todavía en una instancia inconclusa. Kirchner entonces expresaba, según esta interpretación, un estado de indefinición y de falta de proyecto, por ello el autor llamaba a retomar el “*éxito tan fenomenal como el de las generación alberdiana de los Urquiza, los Mitre y los Sarmiento*”.

La segunda estrategia frente al Gobierno implicaba el intento de demostrar que lo que *La Nación* denominaba como “*populismos*” no eran expresiones de izquierda, sino viejas formas de *nacionalismos demagógicos* en el nuevo escenario político latinoamericano. Esto último aparece como un intento de cuestionar el carácter progresista del gobierno y a su vez de discutir el posible apoyo de un sector social a partir de “demostrar” que el

kirchnerismo no sería centro izquierda sino más bien una expresión totalitaria y demagógica que, incluso la *“buena izquierda”* debería combatir.

En ese marco, muchos editoriales y artículos de opinión del medio se centraron en la experiencia de Venezuela. Esta estrategia tenía que ver con marcar con claridad una manera de concebir la política que nunca debía llegar a nuestro país. Si bien, en muchos artículos la asociación entre el kirchnerismo y el chavismo carece de matices puede observarse, en realidad una preocupación del medio por impedir *“la chavización”* del gobierno. Es decir, si bien producen una analogía en el plano discursivo, los argumentos que emplean tienden a mostrar que reconocen las diferencias pero les preocupa a su vez, que *“los Kirchner se acerquen más a Venezuela”*. En el mismo sentido, intentar aglutinar a estas experiencias actúa como estrategia de deslegitimación del gobierno frente a las posiciones de *“derecha”*.

Grondona afirma en un artículo del 27 de mayo de 2009 que Chávez

“no es un fenómeno exclusivamente venezolano porque otros presidentes latinoamericanos como el ecuatoriano Correa, el boliviano Morales y el nicaragüense Ortega lo siguen puntualmente. Tampoco es un fenómeno exclusivamente latinoamericano porque, por haberse aliado con Irán, ha entrado en el juego grande de la lucha por el poder mundial detrás del presidente iraní Mahmud Ahmadineyad, quien está muy cerca de cumplir su amenaza de ‘borrar a Israel del mapa’ mediante el despliegue de su creciente poderío nuclear”.(44)

El discurso del artículo busca estructurar un campo antagónico con respecto a la ideología del medio, articulando los *“regímenes populistas”* con el gobierno iraní. Esta asociación ubicaría a estos presidentes latinoamericanos, y a todos aquellos que se acercaran a estos, en el *“eje del mal”*. Luego de esa argumentación aparece entonces la interrogación a *“los Kirchner”* por el rumbo a tomar. En el 2009 la caracterización del gobierno aparece por momentos ligada a ese *“conglomerado populista”* y por momentos como algo separado, cuestión que en las editoriales de 2010 se va a radicalizar la visión de que el kirchnerismo es la representación chavista en Argentina. De esta forma,

“hasta ahora, los Kirchner habían conseguido desplegar un chavismo en cierto modo ambivalente, pero el reclamo empresario, del cual participa hasta cierto punto la CGT, los pone ahora contra las cuerdas. ¿Se han sumado los Kirchner, después de todo, a los discípulos latinoamericanos del dictador venezolano? Si no se han sumado, no les queda mucho tiempo para aventar esta sospecha”.(45)

Según esta lectura, las naciones latinoamericanas oscilarían hoy entre dos modelos opuestos, representados por Lula da Silva y Hugo Chávez. Estos dos líderes representarían dos modelos políticos bien diferenciados. El primero alejado de los intereses reeleccionistas y criterioso a la hora de establecer las relaciones entre el Estado y el Mercado. El segundo, sería un líder mesiánico, reeleccionista y volcado hacia la intervención estatal.

Luego caracteriza el modelo de Chávez, que es el que realmente divide las aguas en la visión del medio. Allí explica Grondona que

“el modelo de Chávez, podríamos decir que en el plano político lo caracteriza el re-reeleccionismo y, en el plano económico, el estatismo. El re-reeleccionismo de Chávez es la expresión de un narcisismo que lo conduce a creerse algo así como una

reencarnación contemporánea de Bolívar. Este narcisismo, prolongación a su vez del típico caudillismo latinoamericano que tanto atrasó a nuestra región, ha sido bautizado por el columnista Andrés Oppenheimer como un "narcisismo-leninismo" porque postula un "socialismo del siglo XXI" que no es más que un castrismo bañado en petróleo".(46)

Luego vendrá el argumento que retomará con fuerza otro columnista central que es Marcos Aguinis. Este apunta a separar la "buena izquierda" de las experiencias latinoamericanas que cuestionan. La maniobra que "denuncia" el diario es que "Chávez profana en realidad el noble nombre del socialismo por desconocer su evolución histórica". Esa "nobleza" que partió del llamado "socialismo utópico" del siglo XIX, no obstante tuvo sus momentos "peligrosos" cuando se acercó al comunismo. Sin embargo, destaca con tranquilidad, devino en la "socialdemocracia, una idea política y económica perfectamente compatible con la democracia". Allí destacará entonces una serie de figuras que permiten reconstruir una tradición alejada de la "confrontación populista" encabezada por el inglés Tony Blair o el español Felipe González y, ya en nuestra región, el Partido de los Trabajadores de Lula, el Frente Amplio de Tabaré Vázquez y la Concertación Democrática chilena". La idea central es que el gobierno de Chávez no es "socialismo" sino "estatismo".

Sobre finales de la semana de mayo de 2009, Marcos Aguinis escribirá un artículo en la misma línea que el anterior de Grondona. Para llegar a dar cuenta de los valores que defendería "la verdadera izquierda" apelará a su interpretación de la historia para explicar que el interés central de dicha expresión ideológica no sería la desigualdad económica, sino más bien la preocupación por la libertad.

Así tomará como ejemplo de la "lucha" a la revolución inglesa(47) "*aunque careció de epopeya, guillotina y fanfarria, fue consolidando una democracia cada vez más sólida, junto a un creciente respeto por los derechos individuales*".(48) En ese marco se pregunta:

"¿Repasamos los valores originarios de la izquierda?" Allí explica que el "más elevado es el de la libertad". La libertad, la entiende como el respeto a "la libertad de pensar y expresarse, decidir, viajar y hacer a hacer cuanto se le antoje mientras no perjudique los iguales derechos del prójimo". Esta concepción liberal de la libertad sería la que "la verdadera izquierda" habría tenido desde sus inicios. Por ello según el autor, la izquierda se centraría, o debería hacerlo, en el "cuestionamiento de los dogmas, ideologías o presuntas verdades oficiales" y se preocuparía por "la libertad de expresión por todos los medios a que el hombre tiene acceso y la libertad de prensa,(49) que no debe ser censurada en forma directa o indirecta".(50)

Esas preocupaciones que le asigna a "la izquierda" son distintas a las de la derecha, que el autor caracteriza como regímenes en donde

"hay ausencia de libertad y cercenamiento de los derechos individuales, persecución de la disidencia, censura de prensa, asfixia de la creatividad, abominación del pluralismo, intolerancia, manipulación de los pobres a quienes se desea mantener en su miseria".(51)

El giro argumental de Aguinis apunta a señalar que la izquierda se opone a "lo que hace el totalitarismo de izquierda". Según esta interpretación "la izquierda abomina la tiranía"

por encima de cualquier otra preocupación, incluso la desigualdad económica. Por ende, el resultado de la reflexión del autor se centra en demostrar que *“la verdadera y buena izquierda”* es contraria a los regímenes totalitarios que atacan *“las libertades individuales y de prensa”*. Estos regímenes totalitarios son los *“populismos latinoamericanos”* que representarían valores lejanos a los de la izquierda. Aquí es interesante ver las estrategias que despliega la derecha en la voz de uno de sus intelectuales. Como la dinámica del proceso político hace desaconsejable auto adscribirse a *“la derecha”* intentan desarticular al Gobierno de sus posicionamiento *“de izquierda”* con respecto a ellos y lo ligan al autoritarismo en la búsqueda de una frontera discursiva que permita articular con otras expresiones ideológicas *“democráticas”* y a su vez desarticular las posibilidades de construcción del kirchnerismo con sectores de la izquierda.

El Bicentenario como desvío de la senda del *“progreso”*

La semana de mayo del bicentenario desató una serie de debates en torno a cómo recuperar la revolución de 1810, pero también en relación a los festejos de 1910 y 2010. Alrededor de estos hechos se fue conformando un relato que enlazará las distintas fechas construyendo una interpretación de la historia que opondrán a la que se realizó en los actos y desde los discursos oficiales del gobierno. Esa lectura del pasado articulará con la tradición de La Nación y será tributaria a su vez de la conformación de un frente discursivo contrario al gobierno.

Con motivo de la conmemoración del bicentenario una de los debates que el medio instalará será el intento de cuestionar la interpretación del *“oficialismo”* sobre los festejos de 1910. De esta manera criticaban la lectura del Poder Ejecutivo que mostraba como aquellos festejos habían sido la expresión de un país sumido en el estado de sitio en el cual unos pocos gozaban de bienestar, y la mayoría se hallaba en situación de pobreza.

En su lugar señalaban la *“distorsión de la historia”* y reivindicaban a los hombres de 1910 por el hecho de abrir

“las puertas a la vida democrática a través del voto universal, secreto y obligatorio no buscaban subir en las encuestas o perpetuarse en el poder a cualquier precio. Pretendieron encontrar caminos para una proyección sostenida hacia el futuro”.(52)

Este artículo publicado un año antes marca los principales posicionamientos del medio. Así mientras desde diversos sectores sociales (académicos y políticos) se hacía hincapié en que el contexto social de los festejos por el centenario estaban signados por la pobreza, el estado de sitio, la persecución a las representaciones obreras y la exclusión social, el medio mostraba *“otra cara”* de la etapa. La situación en 1910 se caracterizaba para La Nación por el arribo de

“representantes extranjeros que, como en casi todos los países, eran amenazados por los atentados anarquistas. También es cierto que había desigualdades y que muchas personas vivían en oscuros conventillos. Pero, también existía, como en pocas partes, una permeabilidad social que les permitía a los criollos, como a los inmigrantes y sus hijos, alcanzar con su esfuerzo los beneficios de la

prosperidad y de la educación. En las escuelas no se discriminaba por ningún motivo y, bien lo saben los millones de descendientes de quienes vinieron de todos los rumbos de la Tierra sus antepasados no sólo aprendieron un idioma, sino recibieron las nociones de historia y de civismo que les permitieron entrar con paso firme en la política después de que entró en vigor la ley Sáenz Peña, preparada por los hombres de la Generación del 80".(53)

1910 era explicada entonces como el nacimiento de "la democracia" a partir de la posterior ley Sáenz Peña. A diferencia de la visión crítica del centenario señalaban que

"la Argentina había pasado a ser un suelo de promisión. Los hombres de la Organización Nacional le dieron una Constitución, códigos, caminos, líneas férreas y escuelas. Los hijos de éstos consolidaron la obra al sumar al esfuerzo a millones de hombres y mujeres que, desde múltiples actividades, ubicaron a la República entre los primeros países del orbe. No había exclusión, como se dijo, sino inclusión, pues a nadie le estaba vedado progresar con el fruto de su trabajo".(54)

La lectura del medio se inserta reproduciendo la visión de civilización y barbarie al destacar el centenario como el resultado del avance y el combate contra el "desierto" que era en la matriz liberal el problema principal que debía afrontar la Argentina. Las figuras destacadas en ese marco no podían ser otras que la generación del 80. Esta construcción de un panteón de patriotas la utilizaban para hablar del presente. Así la reivindicación de la generación del 80, Alberdi y Sarmiento, era en realidad la crítica a Rosas, a los caudillismos y esa visión binaria de la realidad política se trasladaba al presente donde cada una de las líneas históricas encontraba su continuidad y sus nuevos representantes que actualizaban la lucha.

El 26 de mayo de 2010 Morales Solá retomó la distinción anteriormente señalada en torno a los festejos por el bicentenario. En su visión vuelve a la tesis de las dos Argentinas que convivirían. Una la de los festejos "oficialistas" donde "no tenía lugar ningún otro discurso distinto". Así,

"los actos de Cristina Kirchner fueron ceremonias casi monárquicas que sólo admitieron a los propios, salvo algún gobernador disidente y escasos legisladores opositores (dos, nada más). El resto fue la platea eterna de los fastos kirchneristas, tan cercanos ya a la adulación de los líderes que se tornan incompatibles con una República".(55)

En esta misma línea, Luis Majul señalaba que "la barbarie, a doscientos años de la creación de la patria era la vocación "hegemonista de Kirchner" que impedía supuestamente pensar "en el mediano o largo plazo".(56)

Por el contrario, el acto de la reapertura del Teatro Colón expresaba las buenas costumbres y el decoro político puesto que allí

"convivieron amablemente peronistas, radicales, socialistas y la centroderecha de Pro. Más allá de las personas que allí expresaban esas ideas, es probable que en ese estilo, civilizado y pacífico, se esté incubando el futuro no tan lejano de la Argentina".(57)

Por un lado, el discurso del columnista denunciaba el constante intento "de división de los Argentinos" y a su vez, por otro, demarcaba la existencia de dos formas de entender la argentinidad que se expresaban en esos dos actos. No obstante, existe en este contexto

una fuerte apelación a que el gobierno estaría dividiendo a los argentinos en una táctica que chocó

“con una sociedad que se encontró con una razón de la existencia nacional y que se volcó masivamente a las calles. No eran argentinos enarbolando banderas partidarias (éstas existieron sólo en los actos del kirchnerismo), sino mucho más conscientes que sus gobernantes del instante excepcional y único de la historia que estaban viviendo”.(58)

Aquí podemos observar un intento de cuestionar las hipótesis del éxito político que significaban los festejos del bicentenario para la administración kirchnerista. En la lectura de Morales Solá, *“la gente”* participaba apolíticamente a pesar de los supuestos intentos del gobierno de politizar y fracturar la sociedad.

Esa fractura de la sociedad se operó, en esta lectura, a partir del no reconocimiento al esfuerzo de la generación de 1910 para hacer de la Argentina una de las principales potencias económicas del mundo y en la reivindicación “de Ernesto Guevara en el panteón de los próceres latinoamericanos.

“El “Che” es un mito y no un héroe. Guevara fue una persona valiente, pero de una asombrosa frialdad para matar y para hacer matar, para descerrajar guerras civiles y para enfrentar a los hombres y bañarlos de sangre”.(59)

La disputa por el relato de la historia que surgió con el bicentenario resultó un elemento activador de las representaciones e interpretaciones del medio que salió durante esa semana con numerosos artículos a exponer su mirada. Dentro de ese panorama que intentaban marcar surge el dialogo entre 1810, 1910 y 2010 como continuidades y rupturas.

¿Cómo estábamos en 1810? Se preguntaba Orlando Ferreres. La respuesta va en sintonía con la argumentación de los demás columnistas. 1810 era entonces caracterizado como un país desierto.

1910 pasará de desierto a *“sol de América”* a partir de una

“economía floreciente, como consecuencia de la progresiva organización nacional, que se fue dando luego de grandes y feroces luchas internas y externas, con el establecimiento de la Constitución Nacional de 1853-60, con la federalización de Buenos Aires, con la política de ‘paz y administración’ a partir de 1880 o aun algo antes”. Allí otra vez aparece reivindicada la línea histórica de 1853 ligada a la generación del ochenta. La apoyatura empírica para estas aseveraciones acerca del desarrollo-atraso del país era el índice de ingreso per capita. De ser el sol de América en 1910 habríamos perdido el rumbo en 2010. *“Allí nuestro ingreso per capita en dólares corrientes se ubica en el puesto 66 entre los países del mundo”.*(60) Ante esta situación la salida era *“implementar lo que va a dar resultado y no quedarnos discutiendo meras ideologías, ya fracasadas en todos lados”.* Es notorio el descarte de la discusión política. En este planteo la organización del Estado es una cuestión de gestión, de retraimiento del Estado que debe luchar *“contra la politización permanente de las acciones de gobierno”.* Esas *“ideologías fracasadas”* serán justamente las políticas distributivas que habrían implementado en el pasado los denominados populismos y sus expresiones actuales.

Sobre el fin de la semana de mayo, el medio reforzó la idea de la *“buena política y la buena izquierda”* marcando los amigos en el plano latinoamericano en un editorial cuyo título expresaba lo que entendían como *“buenas prácticas”*.(61) Esos líderes moderados que el medio tomaba como ejemplos dejaban de lado a aquellos que conducían a reformas estructurales de las economías latinoamericanas. La moderación se medía en torno a las pretensiones reeleccionistas de los presidentes. En esa línea

“tan lejos no está hoy América latina de esa tolerancia desde el momento en que presidentes que pudieron alentar reformas constitucionales para ser reelegidos desistieron, como Ricardo Lagos y Michelle Bachelet, en Chile; Tabaré Vázquez, en Uruguay, y Luiz Inacio Lula da Silva, en Brasil, y dieron paso a otros que, como Sebastián Piñera y José “Pepe” Mujica, más allá de que se encuentren en posiciones ideológicas antagónicas, honran la moderación, la tolerancia y el pluralismo”.(62)

El largo plazo, la racionalidad y la moderación serían las características que distinguirían a estos gobernantes de los gobiernos *“populistas”* que pretenderían eternizarse en el poder a partir de un ejercicio confrontativo del poder. En este segundo grupo entrarían entonces el chavismo y el kirchnerismo.

El círculo se cierra cuando el medio *“sutura”* toda su argumentación con la reinstalación de uno de los tópicos desarrollados anteriormente basados en intentar demostrar que Kirchner no es de izquierda o en todo caso que la *“buena izquierda”* no es kirchnerista. La explicación de por qué Kirchner tendría el apoyo de sectores progresistas se enfoca entonces en mostrar *“el engaño”* que estas *“fuerzas bien intencionadas”* habrían sufrido. Así el discurso se centra en mostrar que Kirchner fue originalmente *“un joven e intrascendente militante estudiantil. Después pasó por la derecha peronista y desembocó en el peronismo renovador”*. Luego por necesidad política *“fue arrojando sus actos de gobierno con una determinada ideología”*. De esta forma habría estructurado su accionar político en la simulación que lo habría terminado transformando en lo que simulaba. En esa maniobra *“utilizó como escudos humanos”* a los sectores y organizaciones progresistas.(63)

Conclusiones

Un lector desprevenido del diario La Nación podría verse *“sorprendido”* por algunos cambios en las explicaciones y valoraciones que el medio tuvo en los períodos de 2001-2002 y en el 2008-2010. No obstante, como el trabajo apunta a mostrar, se trata de una continuidad del pensamiento de derecha ante distintas coyunturas. Esto último no es menor, la crisis de 2001 implicó una instancia de oportunidad para los sectores conservadores de exponer públicamente sin ningún tipo de *“disfraz”* sus ideales de cómo debía reconstruirse la sociedad argentina para superar las décadas de *“fracasos”*. El segundo período que se toma, es diferente al primero porque la crisis política aparece superada y el diario no apuntará a expresar su utopía política sino a combatir la resolución de esa etapa anterior, que consolida la peor de sus pesadillas: el retorno del populismo.

Estos elementos simbólicos que estructuran una identidad los rastreamos en los editoriales de las semanas de mayo a partir de pensar que la rememoración de la revolución de 1810 aparece siempre como una fecha de reflexión del rumbo político y de una relectura del pasado en busca del fundamento para la acción comunicacional.

De esta forma, las semanas de mayo se constituyeron en momentos de expresión de identidad política del diario que articulaba la coyuntura propia de cada uno de esos años con una mirada de largo plazo en donde exponía el rumbo hacia el futuro que la Argentina debía tomar. En tal perspectiva, los editoriales y notas de opinión publicadas por *La Nación*, buscan actualizar en nuestro tiempo histórico y proyectar para el futuro inmediato, el modelo agroexportador. Este proyecto político, económico y social, se ha constituido en el principal mito fundante del pensamiento de derecha en nuestro país. Las políticas de Estado que se apartan de sus premisas, son conceptualizadas desde su campo semántico como “*desvíos que obstruyen nuestro camino hacia un destino próspero*”, por lo tanto como productos de un mal gobierno.

La comparación de los dos períodos nos permitió identificar tanto las mutaciones que expresa la identidad de derecha como sus continuidades. En cuanto a las segundas, es decir los elementos sedimentados que persisten en la identidad aparecen las lecturas sobre la historia, sobre lo que fue la revolución de mayo y las líneas político-ideológicas que de allí desprenden, como así también la exaltación del modelo conservador agroexportador.

Tanto los editoriales como los artículos de opinión abrevaron a la clásica interpretación sarmientina de “civilización y barbarie” entendiendo por la primera la etapa interrumpida en 1930 que surge de la revolución de mayo de 1810 con el paréntesis rosista. Esta manera de interpretar la política se expresará en todas las etapas, de forma que existen dos modelos en pugna: el “republicano liberal” versus el modelo “caudillesco populista”.

Estas dos formas de comprender la política se verán personificadas por distintos actores a lo largo de la historia. En la etapa de la crisis de 2001 *La Nación* explica el fracaso de la Argentina a partir del arrastre de viejas prácticas políticas que venían desde la “fundación del país”. Esas formas *caudillescas, clientelares y corruptas* dieron, en la interpretación del medio, como resultado el estallido del sistema político. Esta ruptura del orden no tenía que ver con cuestiones económicas ni con un sistema económico neoliberal que excluían a grandes porciones de la sociedad sino más bien con la corrupción intrínseca de la política.

La segunda etapa analizada es central puesto que lejos de superar la crisis *La Nación* interpretará que nos conducimos hacia otra a partir de que la salida de la crisis de 2001 no fue una vuelta hacia las bases del país agroexportador liberal sino todo lo contrario, fuimos a la reconstrucción del populismo. En ese marco, el discurso del medio realizará un giro copernicano en dos de los puntos nodales que articulaban la cadena de sentido de la identidad que serán la cuestión del *federalismo* y el *presidencialismo*. Allí veremos como

plantearon sobre el mismo tema cuestiones absolutamente opuestas. Volvemos entonces al argumento del trabajo ¿Significa esto que La Nación se contradice? ¿o es que dejó de pedir un Ejecutivo fuerte ordenador en busca de más democracia expresada en el deseo de mayor preponderancia del Poder Legislativo? Nada de eso sucedió, sino más bien lo que apuntamos a mostrar es que a pesar del giro copernicano en torno al federalismo y a la relación Ejecutivo-Legislativo, lo que subyace son las mismas estrategias de intención de imposición de un modelo político en circunstancias diferentes, por lo tanto con tácticas y enunciaciones también diferentes.

Este giro al que aludimos, tiene que ver con la asociación del federalismo como una de las causas de la crisis de 2001. En ese contexto el federalismo articulaba una cadena de sentido ligada al caudillismo, al peronismo, a la fragmentación del Estado Nacional, que necesitaba fortaleza en un Ejecutivo débil que no lograba disciplinar a estas “fuerzas del caos”. En ese marco, entonces reclamaban un Ejecutivo todo poderoso que sea capaz de refundar un orden ante el avance de la protesta social y la pluralidad de demandas que traían consigo las jornadas de 2001.

Estos dos puntos nodales del discurso cambiarán completamente de sentido en la nueva coyuntura dominada por el “demonio populista”. El federalismo será ahora significado como la expresión del esforzado labrador contra el centralismo redistributista y demagógico y a su vez, ya no necesitaremos un Ejecutivo fuerte sino todo lo contrario, será necesario debilitar el sistema presidencialista y suplirlo por un Legislativo y Judicial de control.

En estas condiciones emerge la demanda de una República, frente a los avances “*monárquicos*” o “*tiránicos*” que percibían. Es necesario remarcar que la idea de República que aparece en La Nación es un sistema político que clausura la democratización tanto política como económica y tiende a suplantarla por un espacio apolítico, en tanto negador del carácter conflictivo de la política, de diálogo y consenso entre los sectores dominantes.

Podríamos decir que el gran mito fundante señalado párrafos arriba: el modelo conservador agroexportador, se compone de dos ejes conceptuales que guardan continuidad aun en períodos de valoración opuesta para el ideario de derecha. Uno de estos, es el conservadurismo económico construido discursivamente como liberalismo. El otro, y principal, es la apelación a un discurso republicano desde el cual se postula como condición de ser de un “nuevo” orden político y social a una *democracia semántica*, ideal y antigualitaria, con la cual se busca clausurar el proceso democrático real. Su punto nodal, se explica por la contradicción entre un proyecto cuyo contenido requiere materializar el autoritarismo político que permita restringir la democracia, con la necesidad de presentarlo como un momento de avance con respecto al *populismo redistribucionista*, para poder legitimarlo políticamente.

Es decir, si la salida de la crisis de 2001 instituyó un orden político que amplió los márgenes de acción de los representantes del pueblo con respecto a los del status

quo, y en tal acción incorporó derechos de ciudadanía, intervino en la distribución de la renta y legitimó políticamente a sectores y grupos postergados de las decisiones sobre lo público, la restauración conservadora implicará restituir la decisión sobre lo público a las corporaciones económicas. Para esto resulta primordial, reducir a la parte movilizadora de la sociedad tras la demanda de profundizar el cambio, a la pasividad de espectadores extraños a la acción política.

Esto último, se relaciona sin dudas con el sujeto político habilitado por la identidad de derecha, para manifestarse y expresar demandas al sistema político. Allí es central la categoría “*la gente*”, construcción ideal de un sujeto *conciliador*, que expresa una suerte de voz general de transparencia, valores republicanos, ética, pero que no disputa intereses.

Notas

- * Se agradece la lectura y comentarios de los profesores Guillermo Quinteros y Sandra Santilli y, por supuesto, se los exime de los equívocos que este texto pudiera contener.
- (1) La denominación “liberal conservador” viene del propio medio. José Escribano manifestó que hacían un diario conservador-liberal en el libro de Ulanovsky, Carlos, *Paren las rotativas*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1997. A su vez, podríamos retomar a Eccleshall, Robert, *Ideologías políticas*, TECNOS, Madrid, 1984, quien distingue un conservadurismo libertario caracterizado por la conjunción de la valoración de lo tradicional y de las jerarquías preexistentes en una sociedad, con los ideales del libre mercado y la mínima injerencia del Estado. Según este autor, el liberal conservadurismo, a diferencia del “conservadurismo organicista”, contempla a la sociedad como un conjunto de individuos y quiere cercenar la autoridad del gobierno en lo que toca a los asuntos económicos. La intervención del Estado a través de políticas igualitarias es vista como el germen del totalitarismo, que subvierte el orden “natural” de la sociedad. Asimismo, ubicaremos al “liberal conservadurismo” como una expresión dentro de un paradigma mayor que es el pensamiento de “derecha”.
 - (2) Gomis, Lorenzo. *Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente*, Barcelona, Paidós, 1991.
 - (3) Laclau, Ernesto. *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005.
 - (4) Battistini, Osvaldo. “Luchas sociales en crisis y estabilidad”, en Villanueva, Ernesto y Massetti, Astor (comp.). *Movimientos sociales en la Argentina de hoy*, Bs. As., Prometeo, 2007.
 - (5) Retamozo, Martín. *El movimiento de trabajadores desocupados en Argentina. Subjetividad y acción en la disputa por el orden social*. Mimeo, Tesis de Doctorado, México, FLACSO, 2006; Biglieri, Paula y Perelló, Gloria. *En el nombre del Pueblo. La emergencia del populismo kirchnerista*, Bs. As., Editorial de la Universidad de San Martín, 2007; Aboy Carlés, Gerardo. *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens, 2001; Barros, Sebastián. *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*, Córdoba, Alción, 2002; Laclau, Ernesto. *Nuevas Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Bs. As., Nueva Visión, 1990.
 - (6) Laclau, Ernesto. *La razón populista*, Bs. As., FCE, 2005.
 - (7) De La Garza, Enrique. “La epistemología crítica y el concepto de configuración”, en *Revista Mexicana de Sociología*, N°1/2001, pp. 109-127.
 - (8) Zemelman, Hugo. “La esperanza como conciencia (un alegato contra el bloqueo histórico imperante: ideas sobre sujetos y lenguaje)”, en Zemelman (coord.). *Determinismos y Alternativas en las Ciencias Sociales de América Latina*, México, CRIM-UNAM, 1995.
 - (9) Barros, Sebastián. “Inclusión radical y conflicto en la constitución del Pueblo populista”, en *Confines*, N° 2-3, 2006, pp. 65-74.
 - (10) Retamozo, Martín. “Orden social, subjetividad y acción colectiva. Notas para el estudio de los movimientos sociales”, en *Athenea Digital: revista de pensamiento e investigación social*, N° 16, 2009, pp. 95-123.
 - (11) Eccleshall, Robert. *Ideologías políticas*, Madrid, TECNOS, 1984.

- (12) Baczko, Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Bs. As., Ediciones Nueva Visión, 1991.
- (13) Verón, Eliseo y Sigal, Silvia. *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Bs. As., Eudeba, 2004.
- (14) Basualdo, Eduardo. *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 2001.
- (15) Manguineau, Dominique. *Introducción a los métodos de análisis del discurso*, Bs. As., Hachette, 1980. (16) Grondona, Mariano. "En la antesala de la Quinta República", en *La Nación*, 26 de mayo de 2002. (17) *Ibidem*.
- (18) *Ibidem*.
- (19) En los trabajos Gargarella, Roberto. *Crítica de la constitución. Sus zonas oscuras*, Bs. As., Capital intelectual, 2004 y Gargarella, Roberto. *Los fundamentos legales de la desigualdad. El constitucionalismo en América (1776-1860)*, Bs. As., Siglo XXI Editora, 2008, el autor desarrolla su crítica a la democracia argentina, en tanto que su diseño constitucional lejos de promover el desarrollo de la democracia participativa, fue elaborado desde la preocupación por restringirla. "Por supuesto, no hay ninguna duda de que muchos de nuestros problemas institucionales se derivan del incumplimiento y la falta de respeto hacia la Constitución. Sin embargo, ello es tan cierto como lo es que muchos de los problemas que padecemos son – mal que nos pese, y aunque nos resistamos a admitirlo– una consecuencia derivada de una Constitución que es hostil frente a nuestra intervención en política; que no favorece nuestro debate público; que alimenta, en lugar de desalentar, nuestras peores tendencias 'caudillistas'; que no nos provee de buenas herramientas de control sobre nuestros dirigentes; que favorece, al mismo tiempo, la presión de los grupos de interés sobre nuestros representantes; que no contribuye en definitiva, al fortalecimiento de nuestra autonomía individual y nuestro autogobierno colectivo". Roberto. *Crítica de la constitución. Sus zonas oscuras*, Bs. As., Capital intelectual, 2004, p. 13. En el basamento institucional subsiste la impronta de Alberdi, quien sostenía que era necesario concentrar la totalidad de la autoridad y la acción política en una elite, capaz de sentar las bases del progreso económico, desplazando al pueblo de la toma de decisiones por considerar que no estaba capacitado para hacerlo. Permitir la participación política de los sectores populares, derivaría en un "mal gobierno", como se refería al de Rosas.
- (20) Halperín Donghi. *Proyecto y construcción de una Nación (1846-1880)*, Bs. As., Ariel, 1995.
- (21) Grondona, Mariano, Op. Cit., 26 de mayo de 2002.
- (22) *Ibidem*.
- (23) *Ibidem*.
- (24) Esto remite a una problematización del espacio mediático, que no es objeto de este trabajo. George Balandier señala dos posturas opuestas ante esta problemática: por un lado, tenemos a quienes entienden lo político como disuelto en lo mediático, postulando con esto el fin de lo político como espacio real de participación de los sujetos en la construcción de la vida social democrática. Por otro lado, quienes exaltan el espacio mediático como la concreción de la verdadera democracia, en tanto posibilita la participación política de los distintos sujetos sociales, y por esto se reinstala como condición de su ejercicio. Balandier se aproxima a la primer opción, cuando sostiene que en nuestras sociedades la comunicación se ha emancipado de la subordinación al poder político como uno de sus elementos de ejercicio y constitución. Adquiriendo status y constitución propia, al amparo de "la nueva trinidad: información/comunicación/técnica. Hoy las estructuras macro/comunicacionales tienen soporte material propio, su propia política de construir lo real, de entablar relaciones, orden, sentido, sus propias lógicas y estrategias, mientras que el poder político entiende que su legitimidad depende de la capacidad de comunicar, de intervenir en las estructuras de comunicación. En Balandier, George. *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, Paidós, 1994. Compartimos con el autor el señalar la especificidad que tiene la comunicación como campo de estudio y de acción, como así también la preocupación por no perder de vista que las estructuras comunicacionales son espacios con características propias, no reducibles a meros instrumentos. Pero a su planteo le falta la denuncia del régimen de propiedad de dichas estructuras, que condiciona en gran medida su carácter constitutivo: están en manos del poder económico y tan solo en este hecho vemos patentizada su política. Mientras sea así, esto las invalida como los genuinos lugares donde construir la vida democrática.
- (25) Grondona, Mariano, Op. Cit., 26 de mayo de 2002.
- (26) Moreno, Julio Cesar. "Restaurar la cabeza del Estado", en *La Nación*, 29 de mayo de 2002.
- (27) *Ibidem*.
- (28) La bibliografía en torno a los movimientos sociales es abundante. Sin lugar a dudas

- una referencia ineludible es el libro de Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián. *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras*, Bs. As., Biblos, 2004.
- (29) Moreno, Julio Cesar, Op. Cit., 29 de mayo de 2002.
- (30) *Ibídem*.
- (31) Cassagne, Juan Carlos. "El sentido del federalismo primigenio", en *La Nación*, 31 de mayo de 2002.
- (32) *Ibídem*.
- (33) *Ibídem*.
- (34) Esta resolución, establecía retenciones móviles a las exportaciones de productos agropecuarios, las cuales aumentarían o bajarían en una relación directamente proporcional a los precios de dichos productos en el mercado internacional. Luego de tres meses de lockout patronal, promovido por las entidades agrarias en repudio a dicha medida, y tras perder en el Senado por el voto en contra de su vicepresidente, el gobierno derogó la medida el 18 de julio de 2008.
- (35) "El renacer de una esperanza", en *La Nación*, 27 de mayo de 2008.
- (36) *Ibídem*.
- (37) *Ibídem*.
- (38) Gainza, Malena. "Cultivar el diálogo es servir a la patria", en *La Nación*, Lunes 26 de mayo de 2008.
- (39) En tal sentido, intentan legitimar estas posturas a partir de la enumeración de una serie de intelectuales que conformaban el Foro del Bicentenario. Los integrantes eran: Marcos Aguinis, René Balestra, Felipe de la Balze, Rosendo Fraga, María Angélica Gelli, Mariano Grondona, Juan Archibaldo Lanús, Félix Luna, Avelino Porto, Daniel Sabsay, María Sáenz Quesada y Horacio Sanguinetti. El grupo tenía como objetivo recuperar "la república democrática hacia un horizonte con mejores instituciones, más libertad, progreso económico y realización personal para todos los habitantes del suelo argentino". Editorial I, "La patria ante un nuevo desafío", en *La Nación*, Domingo 25 de mayo de 2008.
- (40) Baigorria, Nélica. "La política como astucia y maña", en *La Nación*, Lunes 25 de mayo de 2009.
- (41) Grondona, Mariano. "Reconstruir la república, un gran desafío. El dilema del poskirchnerismo", en *La Nación*, 26 de mayo de 2009.
- (42) Es importante hacer notar que las dictaduras no son contabilizadas dentro del relato histórico construido por el autor como gobiernos concentradores de poder.
- (43) Grondona, Mariano. Op. Cit., 26 de mayo de 2009.
- (44) Grondona, Mariano. "¿Discípulos de Chávez?", en *La Nación*, Miércoles 27 de mayo de 2009.
- (45) *Ibídem*.
- (46) Grondona, Mariano. "De Lula a Chávez, pasando por Néstor Kirchner", en *La Nación*, Domingo 31 de mayo de 2009.
- (47) Aguinis intenta tomar de ejemplo a la "Revolución Gloriosa" (1688-89) como supuesta gesta de "la izquierda" cuando en realidad se trató del avance del parlamentarismo liberal frente al absolutismo de Jacobo II. Los grupos que tenían demandas de carácter económico eran los "niveladores" y "los cavadores". Para un excelente desarrollo véase Várnagy, Tomás. "El pensamiento político de John Locke y el surgimiento del liberalismo", en Borón, Atilio. *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx*, Bs. As., CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2000.
- (48) Aguinis, Marcos. "Entre la izquierda y la derecha, los valores", en *La Nación*, Viernes 29 de mayo de 2009.
- (49) Cabe destacar que la referencia a la libertad de expresión no es fortuita puesto que en los momentos en donde Aguinis escribía se estaba debatiendo la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisuales impulsada por el Poder Ejecutivo.
- (50) Aguinis, Marcos. Op. Cit., Viernes 29 de mayo de 2009.
- (51) *Ibídem*.
- (52) Editorial I, "Subordinar la historia a la política", en *La Nación*, Miércoles 27 de mayo de 2009.
- (53) *Ibídem*.
- (54) *Ibídem*.
- (55) Morales Solá, Joaquín. "Esa obsesión por dividir y fracturar", en *La Nación*, Miércoles 26 de mayo de 2010.
- (56) Majul, Luis. "¿Cómo será recordado Kirchner dentro de cien años?", en *La Nación*, Miércoles 26 de mayo de 2010.
- (57) Morales Solá, Joaquín. Op. Cit., Miércoles 26 de mayo de 2010.
- (58) *Ibídem*.
- (59) *Ibídem*.

- (60) Ferreres, Orlando. "La Argentina: 1810, 1910, 2010 y 2110", en *La Nación*, Miércoles 26 de mayo de 2010.
- (61) "Liderazgos de contención. El país requiere con urgencia de líderes moderados, que acerquen a los valores republicanos", en *La Nación*, Lunes 24 de mayo.
- (62) *Ibíd.*
- (63) Fernández Díaz, Jorge. "¿Profundizar el proyecto revolucionario o reinventar la democracia? Kirchnerismo bolivariano del siglo XXI", en *La Nación*, Sábado 29 de mayo de 2010.

Recibido: 8 de octubre de 2010

Aprobado: 22 de noviembre de 2010